

La cultura del riesgo global a las catástrofes *

Dr. Carlos Lozano Ascencio

Profesor de la *Universidad Rey Juan Carlos*. Madrid.

chlozano@cct.urjc.es

| | |
|--|----|
| Introducción: | 2 |
| 1. La percepción unificada del riesgo global a las catástrofes..... | 2 |
| 2. Afección antes que reflexión..... | 4 |
| 3. Destrucción “sin distinciones sociales” | 6 |
| 4. La mediación del riesgo global a las catástrofes | 7 |
| 5. Cultura y catástrofes pre-industriales | 8 |
| 6. El riesgo global a las catástrofes en el espacio público informativo de las sociedades modernas..... | 10 |
| 7. Aceptación del riesgo global a las catástrofes..... | 11 |

* Comunicación presentada al VII Congreso Iberoamericano de Comunicación (IBERCOM).
Maia, Oporto, Portugal. Noviembre de 2002.

Una constante de las culturas de cualquier parte y época es que siempre hay gente que piensa que le ha tocado vivir en el más interesante y desastroso de los tiempos.

Introducción

La posibilidad invariable de padecer un trastorno catastrófico es, sin duda, uno de los rasgos de identidad de nuestras sociedades contemporáneas. La “civilización del riesgo”, tal y como fue caracterizada la sociedad postmoderna hace un cuarto de siglo, hacía referencia a una situación contingente: la alta probabilidad de experimentar un suceso de consecuencias destructivas. De hecho esta denominación surgió a raíz de los accidentes en la industria química en Seveso, Italia (1976) y los accidentes en la industria nuclear en Three Mile Island, Estados Unidos (1979) y en Chernobyl, Ucrania (1986), sin embargo, hoy en día, la denominación de “Sociedad del Riesgo” no sólo se circunscribe a los errores, accidentes o negligencias humanas que pueden ser los desencadenantes últimos de catástrofes de origen tecnológico o de modernización radicalizada, sino más bien se refiere al amplio y creciente margen de vulnerabilidad para padecer trastornos destructivos cuyos últimos desencadenantes son tanto de origen natural como antrópico, y sus consecuencias directas e indirectas se registran, inevitablemente, de manera global.

La sociedad de la “Segunda Modernidad”¹ cada vez es más susceptible a padecer catástrofes como nunca antes se había visto. En nuestros días no basta con que se produzca un importante accidente tecno-industrial para divisar un escenario catastrófico, sino que, poco a poco, nos vamos acostumbrando a ver y a reconocer situaciones de catástrofe como consecuencia de factores naturales o humanos en todo tipo de escenarios sociales. En consecuencia, somos capaces de percibir el riesgo catastrófico, no sólo donde realmente existe, debido a que las referencias a esa realidad límite son tan habituales en los medios de comunicación que hemos convertido la vulnerabilidad social al trastorno catastrófico en un rasgo de identificación de nuestra cultura postmoderna.

1. La percepción unificada del riesgo global a las catástrofes

Para los receptores de la información mediática (ajenos y distantes de las catástrofes) tiene el mismo valor simbólico la escena de un barrio devastado por un terremoto que la secuencia de una franja de selva amazónica deforestada o un plano de marea ennegrecida por un vertido tóxico. Aunque las imágenes mencionadas sean totalmente

¹ Término aportado por el sociólogo alemán Ulrich Beck en el “Manifiesto Cosmopolita” publicado por primera vez en inglés en *The New Statesman* en marzo de 1998 y reimpresso en la Introducción de *La Sociedad del Riesgo Global* (1999) Madrid, Siglo XXI, 2002.

distintas los receptores las perciben sin conceder demasiadas discriminaciones entre ellas. Los riesgos de catástrofes pueden ser muchos y muy complejos, pero los medios de comunicación colaboran para que sean percibidos como algo único y generalizable. Así, nadie está exento del peligro de sufrir un trastorno destructivo por improbable que pudiera parecer.

Los tratamientos informativos de las situaciones catastróficas generalmente se caracterizan por describir antes que por explicar lo sucedido. Se trata de una cualidad implícita del acontecer catastrófico debido a que, en un primer momento, cualquier “dato perteneciente” a dichos sucesos obtiene mucha más relevancia que un “dato interpretado”. Todos sabemos que el análisis *a posteriori* tiene más validez que el análisis *in situ*, no obstante, y a pesar de la dificultad interpretativa del primer momento, los periodistas suelen cuantificar con rápidas impresiones, asegurar con efímeras observaciones y concluir con versiones insuficientemente contrastadas: la actualidad periodística se nos impone a todos como criterio. Más tarde, cuando las catástrofes se puede medir –sin prisas– con datos más fiables y contrastados, ya han dejado de ser noticia. Las explicaciones, a pesar de tener más peso analítico, se han caído ya de los titulares de prensa.

En consecuencia: los receptores de la información mediática de catástrofes están más acostumbrados a saber identificar fenómenos catastróficos que a saber comprenderlos. Las crónicas periodísticas insisten mucho en delimitar espacio temporalmente a las catástrofes como los únicos, más impactantes y más importantes elementos de un proceso mucho más largo y complejo que tiene causas iniciales, desencadenantes últimos, afectaciones inmediatas y consecuencias globales a mediano y largo plazo. Los receptores, pues, identifican tan sólo el aspecto más llamativo de las catástrofes: el trastorno.

Percibir la realidad con “claves catastróficas” no favorece la comprensión de los riesgos naturales y antrópicos, sino más bien propicia que la latencia y desencadenamiento de los riesgos al trastorno destructivo terminen por estabilizar dicha realidad en una situación caracterizada por estar siempre al borde del colapso. El hecho de vivir la normalidad cotidiana con un pie puesto en la “salida de emergencia”, y de experimentar sin ser víctimas –a través de los telediarios y periódicos– las propensiones y las culminaciones catastróficas de los entornos próximos y lejanos, produce en los individuos una “hipocondría generalizada”.

El televidente, con sentimiento de damnificado, no es consciente del riesgo, ni mucho menos llegará a ser un activista atrevido, como mucho se convertirá en un receptor atento y sensible y si aún le quedan ganas de ponerse manos a la obra, demostrará su “solidaridad” en tareas voluntarias o ingresando dinero en una cuenta bancaria abierta al efecto. Apuntarse a la ayuda humanitaria no implica saber de catástrofes, más bien es una manera de corroborar que éstas son inevitables y su recurrencia se ha convertido en algo habitual y consustancial a nuestra cultura.

Las catástrofes de nuestros días, por definición, son acontecimientos extraordinarios y repentinos que alteran de manera irreversible la estabilidad de un estado de cosas (natural y/o social), y sólo llegan a ser identificados (y a tener identidad como catástrofes) en la medida en que los trastornos ocasionados se perciben y se manifiestan públicamente. De lo anterior se desprende que:

1. No todo acontecimiento extraordinario y repentino siempre es catástrofe. Por consiguiente: lo que una vez fue catástrofe no tiene por qué serlo si vuelve a ocurrir.
2. Sólo será catástrofe aquella eventualidad repentina que ocasione una alteración destructiva (irreversible) en el entorno natural o urbano. O sea, una catástrofe no es catástrofe si no destruye nada, aunque haya tenido lugar. Por lo tanto, lo más determinante de una catástrofe no radica en que exista o suceda, sino en que trastorne y que dichos trastornos sean percibidos, valorados y relatados públicamente.
3. Las consecuencias catastróficas determinan las causas de la catástrofe y no a la inversa, es decir, el valor viene dado por lo que se destruye y no por lo que origina la destrucción. Luego entonces: cualquier eventualidad originada en la naturaleza o en la sociedad será catástrofe, en tanto que pueda desembocar en una situación catastrófica registrada, interpretada y publicada con un baremo antropocéntrico.

2. Afección antes que reflexión

La cultura del riesgo global a las catástrofes es una manera de inmovilizarse frente a la contingencia destructiva por anteponer la afección a la reflexión. Una forma de aceptar lo que por sentido común tendría que ser inaceptable. Sólo hay que ver que lo que antes era una única oportunidad para tener una experiencia directa con el trastorno

real que le permitía al sobreviviente aprender y transmitir información a sus congéneres, hoy en día el “damnificado en potencia” es un perfecto inútil en la comprensión y anticipación de los riesgos catastróficos. La culpa de esta situación se debe a varios factores. En primer lugar porque el ciudadano de a pie no suele tener un entrenamiento de lo que tiene que hacer en tales situaciones; en segundo lugar porque las grandes complejidades de la vida moderna hacen inviable pensar que la gente sepa salvarse de un peligro inminente, en todo caso, la gente sabe y supone que va a ser rescatada por especialistas; y en último lugar porque dichas complejidades de la vida moderna nos hacen cada vez más vulnerables al trastorno catastrófico, en tal medida que una incidencia o eventualidad aislada puede desencadenar en una afectación destructiva.

La tendencia de hoy en día es referir catástrofes de forma permanente, algo así como utilizar el lenguaje militar sin estar en guerra o imaginar que todos los días son jornadas de reflexión y en las próximas cuarenta y ocho horas se celebrarán comicios electorales. Con las catástrofes sucede algo parecido: las que aparecen en los medios obtienen tratamientos circunstanciales, radiografías del momento, instantáneas que reflejan el estado del detrimento de la actualidad, interpretaciones sesgadas por la inmediatez, por la atracción estética y por la espectacularidad. La tónica actual, cada vez más recurrente e indiscriminada, es relatar catástrofes para poner de relieve toda clase de destrucciones evidentes, probables, necesarias, o incluso justificables. Se trata pues, de una tendencia en la que todo, o casi todo, se puede entender como catástrofe.

Nada, ni las catástrofes volverán a ser como antes de que llegaran los medios de comunicación de masas, instrumentos que se encargan de construir un nuevo espacio público mediatizado, lugar simbólico que determina las formas en las que se relaciona actualmente la sociedad. Y para muestra basta un botón: el desastre de la central nuclear de Chernobyl (en abril de 1996) se ha convertido en un hito de las catástrofes contemporáneas “ya que, exceptuando a la población de la zona directamente afectada, la comunidad mundial sólo conoció la realidad del suceso mediante los medios de comunicación”. (PÉREZ DE TUDELA, C. 1994: 2).

Lo importante es que los alcances de la destrucción sean lo más realistas y generalizados posibles, es decir, que la gente piense, sin demasiadas razones, cuando se habla del paso de un huracán devastador, que fácilmente pudo haber sufrido ese suceso, pero no más cerca de la distancia que le separa del televisor. Otra

cosa que atrapa al televidente es que la desdicha, no sólo sea espectacular, sino que se personalice. El relato de lo sucedido cobra mayor impacto si hay un protagonista inocente e indefenso que soporta el peso de la tragedia y lo manifiesta a través de gestos espontáneos de dolor. En el historial de catástrofes naturales “televisadas” tenemos un caso muy llamativo (tan estético como doloroso) que protagonizó la niña Omayra Sánchez en la ciudad de Armero, Colombia en 1985. La erupción del volcán El Nevado del Ruiz, con un resultado de 23 mil muertos, se ensañó con todas sus fuerzas en una pobre niña atrapada entre los enseres de su casa hundida en el fango. Una inocente víctima que a pesar de todos los esfuerzos técnicos y humanos encontró la muerte frente a los ojos de todo el mundo.

3. Destrucción “sin distinciones sociales”

La globalización de las catástrofes de la era de la tecnología nuclear, química y genética tiene un efecto devastador sin distinciones, porque afecta y alcanza a todos por igual invalidando aislamientos por culturas, por clases sociales o por distancias. En este sentido la contaminación nuclear del agua o del aire no esquiva ni respeta nada ni a nadie expandiendo su afectación con el mismo raser. Por otra parte, la alta vulnerabilidad a la destrucción catastrófica por parte de nuestras sociedades, la más alta que en cualquier otra época de la historia humana, también facilita que la afectación nos pueda alcanzar a todos.

No hay que olvidar que los riesgos globales a las catástrofes del tercer milenio se manifiestan cuando los países ricos son más ricos que nunca, y los países pobres son más pobres que nunca. Es una situación que se caracteriza porque las grandes ciudades cada vez están más aglomeradas, la ecosfera, más contaminada; las culturas, más polarizadas; y la marginación e ignorancia entre los hombres, más radicalizada.

En este sentido, en las catástrofes naturales, aunque no afecten de igual manera a los países ricos que a los países pobres, cada vez se incrementa más el margen de afectación de los fenómenos naturales. No es difícil imaginar que la simple crecida de un par de metros de un río en el sur de Asia provoca miles de muertes a quienes se adhieren a los ríos como única fuente de manutención y de vida, pero tampoco nos parece extraño que la subida de los cauces urbanos de algunos ríos españoles ocasionen innumerables destrozos debido a que la especulación inmobiliaria admite que se construyan casas en lugares inadecuados.

Las catástrofes antrópicas, por su parte, las generadas en los países ricos (accidentes nucleares) expanden su afectación por todo el orbe destruyendo espacios naturales y espacios públicos, en tanto que las catástrofes antrópicas que se originan en los países pobres (talas incontroladas, hacinamientos urbanos, foco y transmisión de enfermedades epidémicas) primero afectan y destruyen a sus promotores y después se extienden a otros ámbitos como efectos colaterales.

4. La mediación del riesgo global a las catástrofes

Aunque las catástrofes naturales y las antrópicas tengan su origen en escenarios concretos, y aunque sus afectaciones catastróficas también se ubiquen en espacios naturales y/o urbanos determinados, hay que decir que el verdadero lugar en donde ocurren las catástrofes del postmodernismo es el *espacio público informativo*, pseudo entorno o realidad de segunda mano que construyen los medios de comunicación a través de los flujos de información que relatan el acontecer catastrófico. En este espacio simbólico de fácil acceso universal no sólo tiene relevancia lo que sucede sino más bien la reconstrucción narrativa de lo que sucede.²

Una de las constantes narrativas que construyen la imagen de las catástrofes contemporáneas en los medios de comunicación mantiene el siguiente formato: cuando el origen de la catástrofe se encuentra en las fuerzas incontroladas y violentas de la naturaleza, ésta no culmina hasta trastornar los aspectos más desarrollados y sofisticados de la sociedad; y, por otra parte, cuando el origen de la catástrofe se encuentra en las prácticas nocivas (industriales y rutinarias) de la sociedad ésta no culmina hasta trastornar los aspectos ecológicamente más puros y equilibrados de la naturaleza.³

² La catástrofe, por el hecho de existir, subvierte, transforma, cambia, desequilibra y regenera un estado de cosas estable. Arrastra a los individuos y a sus acciones, a sus ideas y comportamientos, a sus percepciones y representaciones. Su demarcación no consiste en percibir una variación cualquiera del entorno, sino aquellas que tienen la capacidad de trastornar. Para percibir catástrofes tenemos, por un lado, que establecer el momento o espacio de ruptura de una trayectoria estable y, por otro, reestructurar otros momentos u otros espacios de otras trayectorias posibles o sucedientes. El establecimiento significa poner en relación el cambio con lo que cambia, y la reestructuración narrativa significa poner en relación la versión del cambio con la versión de lo que cambia. Nos encontramos entonces en dos niveles: el nivel del cambio que ocurre, y el nivel de lo que se dice de ese cambio. La relación entre estos dos niveles es irreconciliable, porque mientras que en el primero la catástrofe subvierte el orden, en el segundo, el relato de catástrofes estabiliza el orden y controla las perturbaciones mediante significados. En uno hay información y novedad, y en el otro, redundancia y comprensión.

³ LOZANO ASCENCIO, Carlos (1995) *La expresión / representación de catástrofes a través de su divulgación científica en los Medios de Comunicación Social (1986-1991)*. Madrid, Tesis Doctoral. Universidad Complutense.

5. Cultura y catástrofes pre-industriales

Si tuviésemos que datar el nacimiento de la primera catástrofe acontecida en el universo, tendríamos que ir tan lejos en el tiempo ya transcurrido como nuestra imaginación y conocimientos nos alcancen. Alguno se apresurará a decir que la primera catástrofe, la que primero irrumpió fue el mismo *Big Bang*, dado que dicha explosión y expansión de materia y energía no la podemos entender de otra forma, sino como una convulsión de cataclismos incontrolados. Sin embargo, el verdadero nacimiento (el cultural) de una catástrofe fue aquel cuando los hombres percibieron, muy probablemente experimentaron (padecieron), interpretaron y fueron capaces de narrar un trastorno destructivo surgido en la propia Naturaleza y cuya principal afectación la registraron en carne propia.

En esa primera interpretación, las descripciones y las explicaciones de lo sucedido seguramente estuvieron teñidas de valores y significados divinos, que ofrecieron contenidos comprensibles para todos los supervivientes y sus congéneres. Así pues, este origen mítico de las catástrofes tan sólo ofreció aclaraciones o justificaciones de ese ámbito de peligros y amenazas inexplicables, que las fuerzas incontroladas de la Naturaleza eran capaces de desatar en contra de los hombres en cualquier momento.

La idea que se tiene de las catástrofes se determina según la cultura en que hayan surgido y adquirido su representación, y una manera de caracterizar las culturas también se consigue según sean las ideas que se tienen de las catástrofes. Así pues, no es difícil insistir en que a cada época le corresponden sus propias catástrofes, y sobre todo le corresponden sus propias imágenes de destrucción aceptadas por todos de manera convencional.

Distinguir catástrofes es una operación semántica-cognitiva que cambia con el paso del tiempo. Aquí se plantea una interesante diferencia entre la interpretación de catástrofes en contextos históricos determinados a partir de experiencias, conocimientos y prejuicios disponibles y vigentes en un momento concreto; y la interpretación extemporánea de catástrofes, en donde se hace uso de un conocimiento mucho más avanzado del que existía en el momento y en el lugar del acontecimiento destructivo. En ambos casos, aunque se esté refiriendo a un mismo tipo de acontecimiento técnicamente estipulado, predomina el nivel de conocimiento y el contexto cultural desde los cuales se hace la interpretación.

Para conocer la idea que se tiene de las catástrofes según la época histórica, proponemos como hilo conductor la evolución de los espacios públicos de las distintas sociedades humanas, es decir, en función de los espacios urbanos (y mediáticos en la actualidad) dedicados al intercambio de información de los temas más relevantes para cada sociedad. Hay que decir que la configuración histórica de los espacios públicos sirve para este propósito, porque mientras las catástrofes vayan cobrando importancia e interés en los debates públicos, se va “desmitificando” las causas de los trastornos destructivos, y simultáneamente se va objetivando científica, tecnológica y políticamente a dichos referentes. Para explicar lo anterior sirva de ejemplo la aparición de un terremoto que no siempre ha sido interpretado y explicado de la misma manera. Supongamos que un movimiento telúrico no ocasiona ningún trastorno –no incidiendo destructivamente en el entorno social–, por lo tanto no sería catástrofe, y si de todas formas se llegara a registrar se convertiría en un fenómeno inocuo, pero lo más probable es que no consiguiera existir para la sociedad. Dicho en otras palabras: un inesperado y notorio fenómeno natural, como puede ser un terremoto, no es en sí mismo una catástrofe si no tuviera repercusiones directas y manifiestas con múltiples desequilibrios de calificación catastrofista. La catástrofe no existe por sí sola en la génesis de su ocurrencia, sino que, dicho acontecimiento, puede adquirir la catalogación de catástrofe a partir del momento en que la afectación de sus consecuencias desequilibra los órdenes, trayectorias o permanencias establecidas de la sociedad y su cultura. Supongamos que ese mismo seísmo acaece en una época en la que el espacio público está claramente constituido en la sociedad: su inclusión como tema de interés general (político) tiene unas determinadas características muy diferentes con respecto a lo que sucedería en una sociedad cuyo espacio público aún no estuviera constituido con claridad.

Dependiendo del grado de evolución de los espacios públicos de las distintas sociedades humanas, será también el grado de explicación y sobre todo de afectación catastrófica. Hoy día (desde la perspectiva de la actualidad) podemos afirmar que una de las más asoladoras catástrofes que ha sufrido la Europa occidental ocurrió a mediados del siglo XIV, cuando una epidemia bubónica, mejor conocida como “peste negra”, mató a más de veinte millones de personas. Desde nuestra óptica moderna podemos afirmar que dicho acontecimiento cambió profundamente la vida de los europeos igual o en mayor medida que las guerras o los afanes políticos e ideológicos de otras épocas. Sin embargo, para el imaginario de ese momento la peste era un castigo divino que afectaba, básicamente, de manera individual. El terremoto de Lisboa, acaecido el 1º de noviembre (día de todos los santos) del año 1755, tuvo un

quantum de destrucción mucho más grande y trascendente que lo ocurrido en las Torres Gemelas de NY del año pasado, sobre todo si tomamos en cuenta las cifras de muertos (algunas fuentes hablan de 75.000) y en porcentaje de construcciones urbanas derrumbadas. En este caso, aunque también pudo explicarse la tragedia por causa de enfados divinos, la afectación no se basaba en el individuo sino en la colectividad ciudadana. El marqués de Pombal se encargó no sólo de las tareas de reconstrucción sino de apoyar los estudios científicos de lo que a la postre serían los albores de las ciencias sismológicas.

En resumen: el espacio mediático en el que el riesgo global a las catástrofes se expresa, se caracteriza por identificar las variaciones destructivas de los entornos naturales y sociales como asuntos de interés general y, por lo tanto, existe una mayor coincidencia y unanimidad a la hora de interpretarlas, referirlas y representarlas colectivamente.

6. El riesgo global a las catástrofes en el espacio público informativo de las sociedades modernas

Las catástrofes contemporáneas son productos de la cultura de masas. Mucho se ha dicho de que los medios de comunicación convierten la realidad en un espectáculo según sea la forma en que relatan los acontecimientos y presentan la información al público. No sólo se trata de una mediación de interpretaciones (dar cuenta de lo que sucede) sino además de una mediación de formatos (modalidades en la presentación de la información). En muchas ocasiones el simple formato de presentación sustituye al contenido de la información, es decir, a veces para la percepción de los receptores una noticia tiene valor no tanto por lo que dice sino por la manera de decirlo y también por el lugar (canal) por donde se presentó la información.

Lo anterior supone que la realidad, a través de la selección y jerarquización que realizan los medios para conformar sus agendas de noticias, se transforma básicamente en una estructura de temas (organización de referentes) a partir de la cual los receptores perciben, conocen y mantienen una relación con la realidad. Ahora bien, si de la realidad en general o en abstracto destacamos solamente a las catástrofes, entendidas como eventualidades repentinas de transformación (naturales o antrópicas), éstas pasan de ser acontecimientos reales a ser acontecimientos relatados para los receptores.

Enmarcar a las catástrofes de la sociedad contemporánea como nociones culturales y mediáticas, no significa necesariamente que dichas referencias estén asentadas en nuestra idiosincrasia y tradiciones orales, de tal suerte que la gente pueda aprender a comportarse (a saber hacer lo que tiene que hacer) en situaciones de catástrofe. Todo lo contrario, los damnificados de hoy en día son presas tanto de las eventualidades destructivas como de su propia ignorancia y limitaciones en temas de prevención.

No es lo mismo “ser un damnificado” que “sentirse damnificado”, pero gracias a las mediaciones comunicativas a propósito de fenómenos catastróficos en cualquier punto del orbe se van solapando las diferencias. Cada vez somos más susceptibles de ser damnificados en tanto que somos más vulnerables al riesgo global catastrófico, y simultáneamente cada vez nos sentimos más damnificados porque el suceso devastador, a pesar de la lejanía espacial, nos afecta emotivamente y consigue tener consecuencias catastróficas “reales”, o por lo menos “similares”, a pesar de no haber tenido una experiencia directa con dicho fenómeno. Los atentados terroristas del 11 de septiembre de 2001 en Washington y Nueva York, no sólo afectaron a las personas que sucumbieron en los accidentes aéreos sino al mundo entero. La posibilidad tecnológica de asistir como observadores al suceso, nos hace sentir partícipes del acontecimiento, y nuestra percepción es tan completa y rica en significados que nos permite afirmar que hemos tenido una experiencia directa a pesar de habernos acercado a través de las mediaciones comunicativas a dicho acontecer.

El público receptor no necesita tantas explicaciones como motivaciones para mantener su pulso firme con el mando a distancia. Es decir, para constatar que los temas de contenidos catastróficos empiezan a ser considerados como asuntos de interés general (y “global”), sólo hay que preocuparse de que los medios de comunicación no se olviden de tratarlos con cercanía. En este sentido deja más huellas en la conciencia de los televidentes una publicidad de frigoríficos que no agredan a la capa de ozono estratosférico mediante la emisión de gases CFC, que una nota informativa, escueta y realista, de las hectáreas reforestadas en los últimos dos años en una región determinada del planeta.

7. Aceptación del riesgo global a las catástrofes

Aceptar el trastorno catastrófico consiste en reconocer, ante todo, que el ser humano y su obra más desarrollada y sofisticada es el principal blanco de las catástrofes incontroladas. Aun cuando el escenario de destrucción pertenezca a la Naturaleza, los receptores de la información mediática se sentirán agresores y agredidos

simultáneamente. La imagen de la Naturaleza virgen tiene, necesariamente, una incasta interpretación cultural.

Se trata de un discurso de explicaciones (no necesariamente con bases científicas) en donde la sociedad está reflejada en términos indiscriminados y globalizados: lo trastornado es un todo social al que se pertenece aunque se hayan destruido los espacios naturales más lejanos e inhóspitos. Las catástrofes legitiman su habitualidad sin ir muy lejos, los escenarios de culminación están en la cercanía colectiva cuyo fin último consiste en exterminar la vida social y pública.

Las catástrofes de nuestro tiempo, las que se configuran en el espacio público informativo, las que aparecen todos los días en los medios de comunicación, las que en lugar de experiencias únicas nos ofrecen noticias, esas, ante todo, son un constituyente indispensable de nuestra cultura.

Madrid, noviembre de 2002
Dr. Carlos Lozano Ascencio

Referencias:

- ABRIL, Gonzalo. (1997), *Teoría general de la información. Datos, relatos y ritos*. Madrid, Cátedra.
- AGUILAR CAMÍN, Héctor. (1990), "Las subversiones silenciosas" en *El Paseante* N° 15-16. Madrid, Siruela 23-33 pp.
- ARNOLD, David. (2000), *La naturaleza como problema histórico*. México, Fondo de Cultura Económica.
- BECK, Ulrich (2001), *La sociedad del riesgo. Hacia una nueva modernidad*. Madrid, Paidós.
- (2002) *La sociedad del riesgo global*. Madrid, Siglo XXI.
- ECHEVERRÍA, Javier. (1999), *Los señores del aire: Telépolis y el tercer entorno*. Barcelona, Destino.
- FERNÁNDEZ CHRISTLIEB, Pablo. (1994), *La psicología colectiva. Un fin de siglo más tarde*. Barcelona, Anthropos.
- GOTTFRIED, Robert S. (1984) *The Black Death: Natural and Human Disaster in Medieval Europe* Londres. Mehuen.
- KÖRNER, Errazuriz A. M., et. al. (1993), *Medio ambiente. Una creación de nuestro tiempo*. Santiago de Chile, PUCCH.
- LOVELOCK, James. (1993), *Las edades de Gaia. Una biografía de nuestro planeta vivo*. Barcelona, Tusquets.
- LOZANO ASCENCIO, Carlos.
- (1993a) "La era de los desastres naturales" *Integral* Núm. 157. Vol. 6. Enero. Pág. 23.
 - (1993b) "Comunicación y Catástrofe". Ponencia presentada en la 2ª Semana Académica de la Asociación de Investigadores y Estudiantes Mexicanos en España (AIEME). Madrid, oct. 1993.
 - (1995a), *La expresión/representación de catástrofes a través de su divulgación científica en los Medios de Comunicación Social (1986-1991)*. Madrid, Tesis Doctoral. UCM.
 - (1995b) "La construcción social del medio ambiente a partir de los acontecimientos catastróficos que lo destruyen" en *Revista de la Facultad de Ciencias de la Información UCM*, Madrid, Número extraordinario. 47-67 pp.
 - (2001a) "Amenaza natural. El tratamiento informativo de las catástrofes en Hispanoamérica", en *Gente Universitaria*, Año VIII. Núm. 1. Marzo 2001. Madrid Centro Universitario *Francisco de Vitoria*.
 - (2001b) "El medio ambiente: un acontecer catastrófico". Comunicación inédita presentada en el VII Congreso Español de Sociología organizado por la Federación Española de Sociología. Salamanca, septiembre de 2001
 - (2001c) "Las catástrofes naturales de la sociedad contemporánea". Comunicación inédita presentada en el IV Congreso Nacional de Periodismo Ambiental. Asociación de Periodistas de Información Ambiental (APIA). Madrid, noviembre de 2001.
- ODUM, Eugene P. (1979), *Ambiente energía y sociedad*. Barcelona, Blume.
- (1992), *Ecología: bases científicas para un nuevo paradigma*. Barcelona, Vedral.
- ONG, W. 1982 *Orality and Literacy: the technologizing of the word*. Londres, Mehuen.
- PARRA, Fernando. (1994) *Diccionario de ecología, ecologismo y medio ambiente*. Madrid, Alianza.
- PEREZ DE TUDELA, César. (1994), *La información en las catástrofes*. Madrid, Mapfre.
- PIÑUEL RAIGADA, J. L. y GAITAN MOYA, J. A. (1995), *Metodología General. Conocimiento científico e investigación en la comunicación social*. Madrid, Síntesis.
- REGUILLO CRUZ, Rossana. (1996) *La construcción simbólica de la ciudad. Sociedad, desastre y comunicación*. Guadalajara, ITESO.
- RIVIÈRE, Margarita. (1997), "La ecología: entre lo real y lo virtual". Ponencia II Congreso Nacional de Periodismo Ambiental, Madrid, noviembre de 1997, Asociación de Periodistas de Información Ambiental.
- RODRIGO ALSINA, Miquel. (1999). *Comunicación intercultural*. Barcelona. Anthropos.
- SERRANO, Sebastià. (2000), *Comprender la comunicación. El libro del sexo, la poesía y la empresa*. Barcelona, Paidós.
- VRIES, Jan de (1981), "Measuring the impact of climate on history: the search for appropriate methodologies", en ROTBERG, R. I y RABB, T.K. (comps) *Climate and History: Studies in Interdisciplinary History*, Princeton.
- WAGNER, Christiane. (1993), *Entender la ecología*, Barcelona, Blume.
- WOLTON, Dominique. (1999), *Sobre la Comunicación. Una reflexión sobre sus luces y sus sombras*. Madrid, Acento.
- (2000), *Internet ¿Y después? Una teoría crítica de los nuevos medios de comunicación*. Barcelona, Gedisa.